

discutir en la izquierda: algunos comentarios

>> Omar Acha / Historiador, docente de la UBA
e investigador del Conicet

Una discusión sobre el lugar de una izquierda en la Argentina actual exige destacar la pauta social en que nos hallamos. Dentro de una caracterización de mediana duración es posible señalar las condiciones para encarar una política socialista. En otras palabras, sólo después de establecer las circunstancias de toda práctica política posible en un periodo histórico son concebibles sus alcances e incluso las aperturas a lo radicalmente nuevo.

La crisis del marxismo que recorre la cultura política de la izquierda –una crisis que afecta incluso a quienes se atienen al marxismo como saber sin fisuras– ha incidido en costumbres teóricas que han causado un daño importante. Una de las consecuencias perjudiciales es la reducción de la política a sus propias condiciones, habitualmente descrita como la defensa de una “autonomía de lo político”.

La repulsa del “economicismo” y del “determinismo” quiso justificar la evasión del enigma de la política –a saber, ¿cómo construir prácticas transformadoras en situaciones ya dadas y condicionadas por la primacía del capital?– al suponer que algo así como la acción política tiene una lógica irreductible. La concepción de la política bajo el paradigma de la “teoría de los juegos” o del “análisis del discurso” expresa adecuadamente esta deriva perjudicial. Así se deshistoriza el análisis y se extravía la reflexión necesaria para la reconstrucción de una política de izquierda.

El carácter radical de la izquierda no se define por una predilección perpetua por la acción revolucionaria, o lo que es más corriente, por el imaginario de su inminencia. La radicalidad consiste en refigurar la política cuestionando la reproducción de lo mismo dentro de un contexto histórico. Para hacerlo, es precisa una idea de la sociedad, siempre provisoria, pero de todas maneras pragmáticamente imprescindible para especificar la transformación social. Sólo con una representación del todo social es que este deviene un objeto de la acción radical. No es, por tanto, un azar que la fragmentación del análisis al uso posmoderno sea compatible con el posibilismo, el reformismo sistemático y el oportunismo.

Mostraré cómo entiendo esta cuestión a través de una ubicación histórica del kirchnerismo. Entiendo que son tres las tendencias que incidieron en su configuración actual. De las mismas se deriva una concepción gramsciana en la crítica de lo real. Al indicarlas quiero retomar algunos temas presentes en el dossier del número inicial de *Batalla de Ideas*.

En primer lugar el kirchnerismo es una fórmula política inscrita, como continuidad y como desviación, de la curva diseñada por la economía argentina en los últimos treinta años. Aunque el discurso kirchnerista tiende a subrayar las rupturas respecto del “neoliberalismo” de los años noventa, es indudable que es una de sus derivaciones posibles. En este punto, la situación argentina pierde originalidad si se la encuadra en el contexto latinoamericano: en muchos otros países de la línea “progresista” se encuentra la misma tendencia “posneoliberal” que expresa una salida de las contradicciones del neoliberalismo de los ochenta y noventa en un marco global modificado.

La crisis de las políticas atenuadas a los principios generales del Consenso de Washington estallaron en los años del cambio de siglo y fueron reemplazadas por nuevas y más tentativas orientaciones que revirtieron parcialmente sus efectos. Cuando la modificación de la curva secular de los términos de intercambio alteró su sentido con la elevación de los precios internacionales de los *commodities*, las economías latinoamericanas crecieron al calor del igualmente importante disciplinamiento de una estructura productiva heredada del neoliberalismo. Las dos

décadas que siguieron al final de la dictadura argentina profundizaron la transnacionalización del capitalismo industrial y agrario, flexibilizaron en buena medida el trabajo, constituyeron bolsones inmensos de trabajo informal superexplotado gracias a la presión de la desocupación. Sin estas transformaciones, el “modelo” kirchnerista sería inviable. No debe olvidarse que el modelo nació con Eduardo Duhalde y Roberto Lavagna, tras la devaluación de 2002. Se trata, entonces, de la convergencia de mediano plazo entre los términos de intercambio mundial y la productividad de sectores específicos de la producción industrial. No por sus restricciones, sino por sus características más propias, como señala Claudio Katz (y otros economistas marxistas como Rolando Astarita han contribuido a enfatizar el punto), el modelo hace agua por varios costados.

La concentración y globalización del “modelo”, el dólar medianamente alto y la forma de archipiélago de la renovación industrial (también heredada de la modernización de equipos inducida por el uno a uno de la Convertibilidad en los noventa), fundamentan la desigualdad y desintegración estructurales al mismo tiempo que intentan mitigarlas. No dispongo espacio aquí para mostrar cómo ambos aspectos –el desigualitario con el inclusivo– son constitutivos del modelo. Me parece más importante señalar que ese neodesarrollismo globalizado que combina agricultura extensiva y extractivismo, cuyos problemas ha descrito bien Diego Pérez Roig, tiene una lógica *social* distinta de la neoliberal.

Hoy asistimos a toda una cantinela un poco idiota, hay que decirlo, sobre la tradición “nacional-popular”, con menciones de presuntos próceres de una línea K del pensamiento: Jauretche, Cooke, Hernández Arregui, y otros. Con sólo considerar rápidamente el escenario globalizado de una economía del agronegocio, del extractivismo y de la supeditación a los precios internacionales de los *commodities*, se hace evidente que el modelo neodesarrollista obedece a una realidad que tiene muy poco que ver con el mercadointernismo y la aspiración más o menos autárquica del nacionalismo popular argentino.

Tampoco la política kirchnerista se asemeja al peronismo histórico. Sobre todo el cristinismo es una variante liberal-

progresista del peronismo, filiable en la “Renovación” de los años ochenta, matizada por calculadas invocaciones populares. Algunos apoyos del gobierno poseen otros condimentos ideológicos, pero no hay una pretensión corporativista como la de Perón. En la cultura también existe una fractura propia de los nuevos tiempos pos 2001: el kirchnerismo es una versión progresista que ha impulsado más de una medida positiva en materia de integración de la población al consumo (jubilaciones, planes sociales, asignaciones familiares), perfectamente compatibles con las bases económicas del “modelo”.

La fórmula neodesarrollista, crecimiento más inclusión social incompleta, tolera la integración parcial de los pobres y laburantes: intenta insertarlos en la economía y el aparato de consumo. El crecimiento induce un consumo mayor de la clase media, pero también se derrama a través del Estado a las clases populares. Esa es la diferencia con el neoliberalismo desindustrializador.

El neodesarrollismo regresa sólo parcialmente al esquema ricardiano de las “ventajas comparativas” en el comercio internacional, pues si afirma la deriva sojera, sostiene una complementación con la producción de un valor agregado. Es así que antes que la exportación del poroto de soja, ensaya que una parte de las ventas incluya aceite de soja. Pero es claro que de allí no se deriva una significativa creación de empleo. Eso es imaginado en un largo plazo, gruesamente, en el marco del Mercosur, un mercado consumidor que incentive las economías de escala integradas con el Brasil, sin por eso poner en peligro el carácter globalizado y transnacionalizado del sistema social.

El kirchnerismo es algo nuevo y sin embargo no demasiado original. Es muy propio de la globalización y un hijo rebelde del neoliberalismo. De allí que las comparaciones de Guillermo Cieza –el primer peronismo, el PRI mexicano, el vandorismo– no sean demasiado útiles, pues el cotejo pertinente debe hacerse con otras experiencias *contemporáneas* en América Latina. Sus divergencias con otros neodesarrollismos, como el brasileño o el venezolano, proveerían conocimientos precisos. Eso permitiría mostrar que varios de los rasgos aparentemente singulares del kirchnerismo son tendencias de la época. Por supuesto, no son características inexorables: el macrismo podría cabalgar sobre

la economía argentina transnacionalizada de otro modo, con escasa inclusión social y sin apelar a discursos nacional-populares. Pero revelaría cuán sistémico es el “modelo” tan cacareado.

En efecto, el modelo, en lugar de romper con una realidad de injusticia y dependencia, se asienta en ella para moderarla mientras pueda reconducirla a un crecimiento incierto. El neodesarrollismo es una estrategia periférica de inclusión y modernización globalizante que demanda una mano de obra formada en sectores específicos y aspira a la elevación del consumo tan alto como sea posible para fortalecer la estructura agro-minero-exportadora y selectivamente industrial.

Es crucial entender que existe un *desacople* constitutivo del kirchnerismo entre su “modelo” y lo político-ideológico. En dos palabras, se trata de una divergencia notoria entre, por un lado, un modelo socio-económico agroexportador, globalizado y dependiente con una cuota circunscrita de inclusión social y, por otro lado, un discurso “nacional y popular” con franjas de integración ciudadana. Pretende conciliar la economía política pensada por Fernando Fajnzylber con la matriz ideológica de un Raúl Scalabrini Ortiz. Naturalmente, ese eslabonamiento no marcha.

El margen asegurado por el momento gracias a las retenciones habilita un reformismo progresivo, aunque sea medido, en las dimensiones sociales y ciudadanas. Por ejemplo, la Ley de Medios o la del Matrimonio Igualitario son medidas democráticas que cualquier activista de izquierda no puede menos que acompañar. Lo mismo vale para los juzgamientos a la represión estatal de la dictadura militar 1976-1983. La extensión de ciertas facultades estatales sobre la jubilación y la recuperación de la gestión en educación son avances igualmente defendibles. Qué duda cabe que poseen límites. Por dar un solo ejemplo, fue un escándalo la defensa “progre” que se hizo de la negativa kirchnerista a pagar el 82% móvil a los jubilados. Y hay una lista muy extensa de lados flacos del progresismo gubernamental, como su repulsión al reclamo de tierras por pueblos originarios, un peligro para el modelo extractivo y concentrador.

La diferencia de la izquierda socialista con quienes dan su “apoyo crítico” al kirchnerismo es que no vemos las falencias del modelo como algo susceptible de la decisión política. Por el

contrario, inscribimos las fronteras de la decisión en una evaluación de las estructuras efectivas que sostienen al mencionado modelo. En consecuencia, cuando se habla de “profundizar el modelo” desde una presunta izquierda “crítica” se está convalidando una profundización de la combinatoria de superganancias concentradas y reparto de una fracción menor de la renta.

Una construcción política de la izquierda se hace pensable en el marco de un *largo plazo*. Es una perspectiva “gramsciana” que reconoce la densidad y complejidad de las mediaciones, demandantes de una teoría del poder diferente a la estatalista. Hoy carecemos de una formación popular consistente. Quizá el mayor problema del planteo de Martín Ogando resida en que supone un pueblo activo, cuando en realidad las clases populares están fragmentadas, carecen de una coagulación ideológica perceptible. No hay un pueblo identificado, ni con el peronismo ni con su forma actual del kirchnerismo. Quienes aplican al kirchnerismo la calificación de “populismo” se equivocan pues toman una parte (algunos temas del discurso) por el todo (el modelo y sus justificaciones).

Las secciones finales de los textos de Katz y Ogando son especialmente útiles para establecer un proyecto socialista en el largo plazo. Razones para la militancia actual no faltan; son menos claras las opciones estratégicas, y es esa la contribución mayor del *dossier*. Quizá sea la discusión más importante en nuestros días. Hoy no se trata de entender mal al kirchnerismo simplificando sus complejidades ni acallando sus limitaciones. Es preciso reconocer el desacople para captar mejor las contradicciones que permitirían una disputa en varios frentes. La izquierda necesita renovar su teoría social y cultural para enfrentar un replanteo de sus posiciones en el escenario actual. Un cambio de los precios internacionales de los bienes transables puede alterar radicalmente el panorama de la lucha política. La vida del “modelo” actual, aparentemente inmovible, es muy frágil. Eso no debería ser celebrado, pues toda crisis hiere con mayor dureza a las clases populares.

La izquierda puede construir su estrategia en tiempos de hegemonía del capitalismo transnacionalizado y extractivo del modelo, reconociendo sus aspectos medidamente distri-

butivos y generadores de consenso. También puede hacerlo al calibrar la cintura ideológica del kirchnerismo para promover cambios parciales que le crean una amplia base electoral. Es lo que explica su hegemonía como la más inteligente matriz de un régimen de acumulación capitalista, insuperable por la obtusa oposición política. Pero la etapa no durará por siempre. ¿Diez años más? Quizá. Un suspiro en la historia. Demasiado poco tiempo para la organización de una izquierda social, política y cultural capaz de hegemonizar el camino hacia la construcción del socialismo. El programa de una izquierda renovada y radical es más necesario que nunca.